

A través del espejo

La música antes que todo

Hugo Hiriart

I

Frase, como se sabe, con la que da comienzo el *Arte poética* de Paul Verlaine, se refiere claro a la musicalidad del fluir de los versos, pero en muchos sentidos sí, la música, música, sin palabras, antes de todo.

Pero un millón de veces más gente aprecia la música clásica de los que aprecian, leen, compran libros, están enterados de poesía. Antes no era así, la entrada de la poesía a la línea de sombra de lo raro es reciente, de después de la Primera Guerra, muy agudizado después de la Segunda Guerra, aseguran algunos.

II

El otro día oí en el radio unas sonatinas de Muzio Clementi (1752-1832, sus buenos ochenta años). Yo creía tontamente que eran sólo ejercicios para aprender piano (Clementi era un gran pianista), sin valor como música de concierto. Alguna vez, debe haber sido cuando estudié piano con Alexander Suchin, en mi adolescencia, trabajé y llegué a tocar alguna de las sonatinas. El radio me reveló unas sonatinas que no habían estado a mi alcance, qué buenas piezas de música son, de veras. Oí deleitado y cavilé en por qué me habían ahora gustado de esa manera.

Primero me vino a la mente un parecer de Paul Klee anotado en su *Diario*: “El arte neoclásico es una delicia inacabable”, escribe el maestro.

Sí, pero ¿por qué? Porque es el placer de lo cristalino, la emoción de las sonatinas de Clementi es la emoción de lo simple y cristalino. ¿En qué consiste esta emoción? Se dispara al apreciar entre otras dos cualidades: Que no hay ahí ambigüedad, todo es clarísimo, definitivo como los pasos en la de-

mostración de un teorema geométrico y, sobre todo, está, como pide la moral de Epicuro, bajo gobierno y nunca es excesivo.

Cortesía siempre, pequeños placeres, pequeñas desgracias. Schubert, por ejemplo, con frecuencia es excesivo: Demasiado genial, demasiado triste, lo desgarrador. Clementi nunca se pasa de la raya. ¿Por eso es inferior a Schubert? Digamos mejor que por eso es sólo cristalino, no se puede tener todo en esta vida.

Scarlatti es demasiado inventivo e impredecible para ser cristalino; Scarlatti no es frágil, delicado, como Clementi, Scarlatti es robusto y sus sonatas son todavía de algún modo, barrocas, y no clásicas como las de Clementi.

III

Y a propósito del barroco, sentí que ignoraba casi todo de la época en que vivió Bach (“el músico al que Dios le debe todo”, como estimó Cioran), al hojear en la librería de la Julliard School of Music, que es pequeña, agradable y siempre tiene sorpresas, una biografía breve de Juan Sebastián. Y es que entre las pocas ilustraciones que traía figuraba una espada elegante. Me llamó la atención, pues ¿qué puede tener qué ver con Bach una espada? Leí el pie de foto, decía que era una espada de ejecuciones. Más enigma: ¿Qué puede tener qué ver Bach con una espada de verdugo? Busqué en el libro y averigüé qué pasaba. Era esto, en tiempos de Bach se tocaban y cantaban, con todo y coros, pasiones de Bach cuando decapitaban con esa espada a algún reo. ¿Puedes creerlo? Una época a la vez refinada, piadosa y salvaje.

IV

En una entrevista a Maurice Ravel concedida a una revista vienesa, el periodista preguntó al maestro si consideraba a Satie un

músico de gran importancia. Y Ravel enunció esta singular apreciación:

—Satie es una influencia espiritual, pero él no es completamente sincero. La cualidad más importante de un compositor es la sinceridad. La influencia de Stravinsky, en sentido técnico, ha sido más profunda para nuestra juventud.

El periodista siguió interrogando a Ravel.

—Usted hace poco habló muy favorablemente acerca de Schoenberg. ¿Lo considera usted el mejor compositor moderno?

Después de una reflexión, dice el periodista, Ravel respondió:

—Sí, es un músico sincero. Su *Pierrot lunaire* es una cumbre.

¿Había considerado usted que Maurice Ravel, el relojero suizo, como lo llamó Stravinsky por la precisión inaudita de su música, pudiera ser un admirador tan decidido de la música atonal de Schoenberg? Pero eso no es lo central, lo central es el uso de la sinceridad como categoría estética, y en este sentido, ¿qué está entendiendo Ravel por sinceridad?

Y ya puestos en este camino visitemos otras opiniones ravelianas.

—¿Y Verdi? —interroga el periodista.

—Sólo me gusta el Verdi joven, el compositor de *La forza del destino* y de *Un ballo in maschera*. Después de eso se hizo excesivamente vulgar, y francamente pienso que está mal que para parecer que se está al día, empezara a imitar a Wagner. En todo caso, considero a Verdi inferior a Bellini.

—¿En su opinión quién es el más grande de todos los compositores?

—Para mí es Mozart. Mozart es perfección: Él es griego, mientras que Beethoven es romano. El griego es grandioso, mientras que el romano es colosal. Prefiero lo grandioso. No hay nada más sublime que el tercer acto de *Idomeneo*, la ópera de Mozart. ■